

## ESCENA IV

Dichos, menos BELEROFONTE

*Yobates.*—Ya que se ha retirado, descifraré el mensaje de Preto.

*Cassandra.*—Te dirá que honres á Belerofonte como al propio Apolo.

*Yobates.*—Eso será. Veamos. (*Abre las tabletas; una pausa, en que descifra.*) ¡Dioses! ¿Qué acabo de leer? ¡Desgracia, afrenta sobre nosotros! ¡Maldición al hijo de Glauco!

*Cassandra (le arranca las tabletas y descifra):* “Belerofonte el fratricida ha deshonrado á tu hija y mi esposa Antea. Arbitra medio de darle segura muerte apenas llegue á tu palacio”. ¡Ah! (*Cae desvanecida. Yobates la sostiene y la saca afuera por otra puerta lateral, frontera á la que acaba de cruzar Belerofonte.*)

## ESCENA V

BELEROFONTE, YOBATES

*Belerofonte.*—He oído un grito... Era la voz de tu hija... ¿Corre algún peligro Cassandra?

*Yobates.*—Ninguno. Grita de terror porque imagina ver llegar á la Quimera. Es preciso que tú seas el héroe encargado de exterminarla.

*Belerofonte.*—La exterminaré, si me concedes llamarme esposo de tu hija.

*Yobates.*—Después de que hayas vencido á la Quimera, puedo prometértelo todo.

## ACTO SEGUNDO

Los jardines del palacio de Yobates. Una estatua de Bros.

## ESCENA PRIMERA

CASANDRA, BELEROFONTE. (*Viste aún el traje de viajero.*)

*Cassandra.*—¿Nadie nos ha seguido? ¿Nadie nos espía?

*Belerofonte.*—Nadie. Rumor de hojas agitadas por el viento de la noche es lo que escuchas, amor mío, y sombras movedizas de ramas es lo que tomas por cuerpos de perseguidores.

*Cassandra.*—Tengo miedo, miedo delicioso.

*Belerofonte.*—Acércate á mi. No tiembles. Aquí hablaremos libremente. ¿Qué es lo que tanto ansias decirme?

*Cassandra.*—Casi no lo recuerdo. Antes de verte componía mil discursos para recitártelos; y ahora que estoy á tu lado, ni una sola frase se me ocurre. Sin embargo, algo grave... (*Dando un grito.*) ¡Ah! Sí, ¡ya sé, ya sé! ¡Huye, huye cuanto antes de este palacio! Mi padre tiene encargo de darte muerte.

*Belerofonte.*—¿Encargo? ¿A mí?

*Cassandra.*—Las tabletas que trajiste contenían un mensaje de Preto... ¿Comprendes? (*Pausa. Belerofonte guarda silencio.*) ¡Veo que comprendes! (*Con horror.*) ¿Era cierto?

*Belerofonte.*—Sí, *Cassandra*. No he de mentir; cierto era.

*Cassandra.*—¡Mi hermana!

*Belerofonte.*—Te amé en ella antes de amarte en ti misma. Es tan hermosa como tú, pero tú, piadosa virgen, por dentro eres blanca como el vellón de las ovejas de tu aprisco; á ti, no á ella, aspiraba mi espíritu, ansioso de algo muy grande. La propuse que siguiese mi errante destino y rehusó: no quería dejar el palacio donde es reina, el lecho de marfil, las ricas estancias con artonados de cedro. No me quería.

*Cassandra.*—Yo iré á donde tú vayas, y pisaré tu huella con los pies descalzos. Si esposa, esposa; si amante, amante; si esclava, esclava. La helada Escitia y la Libia ardorosa, infestada de áspides, me son iguales contigo. Descender al reino de las sombras reunidos, ¡qué alegría! Tu vista fué para mí como filtro de maga. Quisiera bajar á lo más secreto de tu espíritu, como bajan al fondo del Océano los buzos para traerme las perlas de mis collares.

*Belerofonte.*—Baja, y sólo encontrarás tu imagen celeste. *Cassandra*, mañana á esta misma hora huiremos de aquí juntos.

*Cassandra.*—¿Mañana? No; hoy mismo, ahora. ¿No ves que quieren hacerte morir? Pronto, pronto. Conozco el camino hasta la selva: he ido allí con mis rebaños. Te guiaré.

*Belerofonte.*—Antes de arrebatarte de aquí como el milano á la paloma, tengo que cumplir mi destino heroico: tengo que vencer y exterminar á la Quimera.

*Cassandra.*—¡A la Quimera! ¿Pero no ves que ése es el medio que han elegido para enviarte al reino de las sombras? Nadie vencerá al monstruo. Hace pedazos á quien se aproxima. No irás: te sujetaré con mis brazos.

*Belerofonte.*—Iré y la venceré. Presiento que la sombría Diosa que me guía, la más poderosa de todas, la Fatalidad, cuyo templo se eleva frente al palacio de mi padre, ha decretado que al endriago lo extermine yo. La sola idea del peligro y del horrible combate, la perspectiva del momento en que hundiré mi espada hasta el puño en el escamoso pecho de la Quimera, mientras sus garras de acero pugnarán por clavarse en mi cuerpo y resbalarán sobre la tersura de la coraza, ¡ah! estremece mi corazón de gozo y de locura, como á la virgen el abrazo del esposo. *Cassandra*, *Cassandra* mía, ¿de qué nos sirve haber sido concebidos en el vientre de nuestras madres y haber visto la luz de Apolo y gustado el tuétano y el añejo vino, si hemos de vivir en cobarde obscuridad? Antes morir joven, espiga segada verde aún, que envejecer en miserable inacción. Déjame ir á la Quimera. La adoro con rabia: ¡de otro modo que á ti! ¡pero también, también la adoro!

*Cassandra.*—Yo siento igualmente una especie de atracción extraña por el monstruo. Quisiera conocer su aspecto terrible. ¿No sabes? Desde que

apareció por estos contornos, mi padre no me permite salir al aprisco ni visitar los establos. Teme que encuentre al monstruo y sufra la suerte de otras doncellas, que arrastró á su cueva para devorarlas. Y yo, sin pavor, anhelo verla: mis ojos tienen sed de ella, como tienen sed de ti.

*Belerofonte.*—Muerta te la traeré y á tus pies arrojare sus despojos. Y mañana, á esta hora...

*Cassandra.*—¡Juntos!

*Belerofonte.*—Para siempre.

*Cassandra.*—¡A pesar de todos!

*Belerofonte.*—De todos y de todo.

*Cassandra.*—De aquí á mañana, ¡cuánto tiempo!

*Belerofonte.*—Acortémoslo. No me separo de ti hasta que amanezca.

*Cassandra.*—De aquí al amanecer, ¡qué corto plazo!

*Belerofonte.*—Ya declina la luna.

*Cassandra.*—Y el aroma del nardo es menos penetrante.

*Belerofonte.*—Todavía embriaga.

*Cassandra.*—Desfallece con él mi espíritu.

*Belerofonte.*—¡Qué silencio tan dulce!

*Cassandra.*—Oigo los latidos de tu corazón.

*Belerofonte.*—No; es el tuyo.

*Mutación.*—Sitio solitario y salvaje, donde se ve la entrada de la cueva de la Quimera.

## ESCENA II

CASANDRA, MINERVA

*Cassandra.*—Aquí debe de ser. Veo la boca del antro. Escondida detrás de aquellos peñascales asistiré al combate; y si mi amado perece, saldré á entregarme al monstruo para que me haga pedazos también.

*Minerva.*—¿Cómo en este paraje horrible, Infanta de Licia? ¿Cómo has abandonado tus estancias atestadas de riquezas, tus jardines deleitosos, donde músicos y rapsodas, mimos y acróbatas, porfían en inventar canciones y juegos con que entretenerte? ¿Ignoras cuánto valen la paz y el honor de que disfrutas? ¿No piensas en la aflicción de tu padre, si la Quimera te destroza? Vuélvete.

*Cassandra.*—¿Quién eres para hablarme así?

*Minerva.*—Un numen.

*Cassandra.*—No me suena tu voz cual suena la de los númenes y los oráculos. Voz me parece de la tierra, de la pedestre prudencia y de la senil sabiduría. Los númenes deben alentarnos cuando un generoso arranque nos alza del suelo. Quizás entonces nos parecemos á los númenes. ¡Númenes somos quizás!

*Minerva.*—¡Insensata! ¡Nadie me ha desdeñado

que no se haya arrepentido! Otro consejo, y des-  
óyle si quieres. La Quimera va á salir de su gua-  
rida...

*Casandra.*—Si; percibo el sofocante calor de su  
resuello.

*Minerva.*—Olfatea la presa. Apártate, huye: la  
atrae tu presencia.

*Casandra.*—¿La tuya no?

*Minerva.*—No. Para ella soy invulnerable.  
(*Salen Casandra y Minerva.*)

### ESCENA III

BELEROFONTE (armado con coraza, espada y escudo),

UN PASTOR.

*Pastor.*—Estamos en la madriguera del monstruo.  
Esa es la entrada. Te he guiado bien; ahora déjame  
volver á mi aprisco. Me tiemblan las rodillas, y un  
sudor helado corre por mi frente. Yo no soy héroe,  
sino pobre pastor.

*Belerofonte.*—No temas, quédate sin miedo. La  
Quimera va á perecer. Verás su cuerpo deforme  
tendido en tierra. ¿No te agrada la lucha? De pas-  
tores de ovejas han salido pastores de pueblos.

*Pastor.*—Cuando la Infanta Casandra venía al  
aprisco, y con sus propias manos ordeñaba las ove-  
jas, yo deseaba haber conquistado un reino, para  
que no se burlase de mí y no me abofetease si la  
cogía por la cintura. Por temor al monstruo hace

tiempo que no viene. ¿Volverá si la Quimera su-  
cumben? Entonces dame espada y escudo. Antes  
que tú, pelearé.

*Belerofonte.*—Á tus rebaños, pastor. No son para  
ti estas empresas. Déjame solo. ¿No oyes un ron-  
quido extraño? ¿No percibes tufaradas de boca de  
horno?

*Pastor.*—¡La Quimera se revuelve en su antrol  
Mi vista se nubla, mis dientes castañetean... (*Huye  
despavorido.*)

### ESCENA IV

BELEROFONTE, MINERVA

*Minerva.*—Alienta, hijo de Glauco, domador del  
corcel divino. Libra á la tierra de ese endriago que  
trastorna las cabezas y me impide hacer la dicha de  
la humanidad, apagando su imaginación, curando  
su locura y afirmando su razón, siempre vacilante.  
Muerta la Quimera, empieza mi reinado. Invisible  
estaré cerca de ti. Cuando el monstruo se te venga  
encima, no busques su vientre ni su pecho; métele  
la espada con rapidez por la abierta boca. Sereni-  
dad y puños, Belerofonte.

### ESCENA V

BELEROFONTE, después la QUIMERA

*Belerofonte.*—Un traqueteo horrible estremece la  
cueva. Ya se siente cerca el ruido... ¡Qué bocanada

ardiente! Me abrasa... Mi sangre se incendia... ¡Ya asoma... Dioses! El cielo se oscurece... ¡Ah!

*(La Quimera se arroja sobre Belerofonte, que vacila, pero se rehace, é introdace la espada por la boca del monstruo. Lucha breve. La Quimera exhala un rugido pavoroso, de agonía.)*

*Belerofonte.*—¡La espada se derrite al ardor del hálito de la Quimera! ¡El metal quema sus entrañas!

*(Cae la Quimera, expirante. Se retuerce y queda inmóvil.)*

#### ESCENA VI

BELEROFONTE, MINERVA, CASANDRA

*Belerofonte.*—¿Por qué he luchado con ella? ¿Por qué la he matado? He corrido un riesgo espantoso, inaudito. ¿Quién me ha metido á mí en tal empresa?

*Cassandra.*—¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo se me ha ocurrido dejar mi palacio magnífico, mi lecho de marfil cubierto de tapices de plumón de cisne? Ahora tengo frío, y las asperezas de la sierra me han lastimado las plantas. ¡Cómo me duelen!

*Belerofonte.*—Y en el palacio de Yobates quieren asesinarme vilmente, á traición. ¡No seré yo quien vuelva allá! Desde aquí mismo me pongo en salvo. *(Vase por la izquierda sin mirar á Cassandra.)*

*Cassandra.*—Ea, yo regresó á mis jardines. Allí me lavarán los pies y me servirán leche y frutas. Me siento desfallecida de hambre. ¿Estaría loca, para

no mandar que me esperase ahí cerca el carro, cuyos caballos enjaezados de púrpura me trasladan de una parte á otra tan velozmente? En fin, no habrá más remedio que andar á pie. ¡Es divertido! *(Vase por la derecha.)*

*Minerva (ya sola).*—¡Gloria al héroe! ¡La Quimera ha muerto!